

trató de probar como amante; y perseverando en su pasion, se decidió á usar de todos los medios imaginables, persuadido de que á la larga conseguiria ablandar el duro corazon de su querida: mas no contaba con la firmeza de su acrisolada virtud, pues cada dia se mostraba mas esquiua é indifferente á sus ruegos; y quando le veia se ocultaba, huyendo su presencia como la de un basilisco. Viendo nuestro amante que nada servian las súplicas, creyó que los regalos podrian lograr mas, acordándose de aquel Júpiter que fingieron los poetas, corrompiendo á la hija de Acris con el rocío de oro que hizo llover en la torre de metal, y de que no hai corazon por

firme que sea, que no llegue á ser sensible á las dádivas y á los obsequios. Pero ¿cómo? Julia, que no apreciaba otra cosa que su virtud, ni otra riqueza que su alma tranquila y contenta, y que no consideraba digna de vivir á la muger, sino conservando á toda prueba su pudor y estimacion, era tan admirable en su castidad, como el hombre indifferente á la hermosura del bello sexo, y fue tan inexorable como antes. Su amante guardó la fuerza para el último recurso, si los demas atentados, como sucedió, no coronaban su empresa. La infernal vieja vuelve á entrar atrevidamente en campaña, y marcha con la confianza de tomar esta vez la fortaleza para go-

zar del triunfo á que aspiraba, y acreditarse en el oficio de seducir y engañar. Lleva unas joyas á Julia de parte de su amante, bien instruída de las espresiones con que la debia hablar; pero al momento que la presentó el regalo, y que se preparaba á echar el resto de su malignidad, Julia, que no queria repetir la escena pasada ni poner á prueba su entereza y pudor, tomó las alhajas y las arrojó en medio de la calle, echando á empellones de su casa á la vieja con la amenaza de que si volvía á tener el atrevimiento de llevarla semejantes embajadas, se lo diría á la Marquesa que aborrecía á tales mugeres, por ser la peste y la ruina de la juventud; añadiendo al mis-

motiempo, que el pretendido amante era un tonto, que debia conocerse, y que si ella hubiese querido ser loca no necesitaba haber tenido tanta conversacion; y últimamente, que se diese por mui feliz en no tener el escarmiento que acaso no le diese lugar al arrepentimiento de su temerario arrojó. — La vieja hipócrita, viendo que este era el último ataque, y que ya quedaba perdida su esperanza de ganar á Julia, se fue á buscar á su pretendiente y le dijo: hijo mio, soi de parecer trateis de alejar de vuestra imaginacion á esta tonta, pues que cuanto mas la ameis mayor será vuestra pérdida. Poned vuestro amor en otra, que agradezca vuestros obsequios, y no

perdais el tiempo con estas necias, que siendo hermosas y viéndose estimadas y queridas, no se ocupan sino de su voluntad y su capricho. Esta no puede ser ganada con dulzura y rendimientos, y menos con los presentes que se le hagan. Es una roca para atormentar á los hombres con su hermosura; pues al ver su continencia y oír sus razones, debe creerse que la misma elocuencia impedirá mude en sus deliberaciones. Dejadla vivir en su brutalidad, y no os atormentéis mas en pensar cómo lograr su amistad. — «Está bien, madre mia, responde el afligido amante; yo seguiré, si puedo, vuestro consejo, aunque siento en mi corazón la mayor pena al ver recompensado

mi cariño con tal rigor y crueldad. Me armaré de paciencia esperando que la fortuna dulcifique su fiereza, y me haga gozar de la calma del rigor que hoy me atormenta.» Aunque nuestro amante se explicaba de este modo, no era posible se conformase con tal resolución, viendo malogradas y tan remotas sus esperanzas; y en su consecuencia, no habiendo podido ganar al objeto de su ciega pasión por ningún medio de cuantos había empleado, resolvió valerse de otro, cual era el de la fuerza, arrojando para ello todos los peligros. Sabido es que las grandes empresas, sea el que fuere el fin á que se dirijan, guiadas por la virtud ó por el vicio, no tienen efecto sin que una terce-

ra parte por lo menos no se desgracien ó hagan arredrar á su inventor, para reformar sus designios, en vista de que los mas se engañan mui frecuentemente en sus fantasías; y con este motivo nuestro amante, firme en su propósito, consultó con un familiar del Obispo, mui amigo suyo y paisano, hombre que á nadie hacia daño, mas que visitar continuamente el monte Cenís para asaltar á los pobres viajeros y comerciantes. A este buen sugeto consultó el desesperado amante, y llamándole con mucha reserva, le descubrió su pasion, y todos los medios de que se habia valido para conquistar el corazon de Julia, cuyo espíritu y ostinacion eran inespugnables, estando

firmemente resuelta á no condescender jamas en cosas que perjudicasen á su honor. — Pero vamos, le dijo el familiar, ¿qué quereis hacer cuando esa jóven está tan distante de vuestra voluntad? — Yo no sé, le contesta; pero es preciso cantar victoria, ó que la muerte ponga fin á mis penas y deseos. — Pues meditad, y ved los medios que hai; y si yo puedo alguna cosa, tened por seguro que he de perder la vida, ó vereis colmados vuestros deseos. No hai mas que un medio, responde el amante desesperado, para lograr mi triunfo, el cual consiste solo en la fuerza, porque es tiempo perdido el emplear ya obsequios ni rendimientos. Es preciso usar de la violencia;

pues nada me importa morir, siempre que consiga vengarme de tal ingratitud y ver al mismo tiempo colmados mis ardientes deseos; y puede ser que despues de haber rendido á Julia, ya comprometida, no sea tan esquivá ni tan indiferente á esta vehemente pasion; pues no ignorais que muchas cosas al principio parecen difíciles, y despues, alejándose toda dificultad, no se halla en ellas inconveniente ni resistencia, sino mas bien placer y comodidad. — El familiar, aunque conoció la maldad del enamorado, y que un atentado semejante era de mucha consecuencia, no quiso contrariarle, y le prometió su ayuda en este ú otro cualquier asunto; con cuya promesa

creyó nuestro amante tener ya segura la victoria, y conseguidos todos sus deseos. A su sombrío semblante le reemplazó otro mui risueño, y se ocupó en espiar la hora en que la hermosa Julia salia de Gazuolo al campo sin compañía para sorprenderla y ahorrar de palabras y suspiros inútiles: tanto rondó la casa de su querida, que al fin la vió ir sola al campo, mui alegre y placentera, como que no sabia lo que la iba á suceder. Seguia pues los pasos de Julia con la misma ansiedad que el lobo las ovejas para devorarlas; y ocultándose entre las matas al menor ruido que sentia, pues á cada paso se desviaba del camino, llegó por fin á alcanzarla y la dijo: «Bastante

me parece, Julia, que habeis abusado del honesto cariño que os profeso, y pues que continuais con un rigor tal que no merezco, es tiempo ya de que os sometais al yugo del amor, y que cese el tormento que padezco. He sufrido mucho en quereros, y merezco ya ver el fin de tantos padecimientos, empezando á disfrutar de vuestra liberalidad.» — Julia, admirada de verse asi sorprendida, respondió: «Vos sois quien debe poner fin á vuestras temerarias impertinencias, y dejar en paz á la que está mui lejos de pensar como vos. Si estais afligido, esa afliccion procede de vuestra indiscrecion amando á persona que no es de vuestra clase, y que es sobre todo invariable en su

modo de pensar. Por lo tanto os suplico me dejeis en paz, y no os atormenteis mas en perseguirme, pues estoi resuelta á morir antes que condescender en la cosa mas leve que pueda denigrar mi reputacion.» — Pronunciadas estas palabras, y temiendo que la iba á suceder alguna desgracia, como se lo presagiaba el semblante brusco y aire denodado de aquel hombre supeditado por su ciega pasion, empezó á marchar á paso lento redoblándole alguna vez, como sucede al que no se atreve á correr, deseando sin embargo alejarse. Nuestro amante, que no queria sino aprovechar el tiempo que inútilmente habia perdido, fingió con la mayor ternura y delicadeza que-

rer acompañarla hasta la ciudad; y por mas excusas que ella puso, no pudo eximirse de su solicitud y de ir oyendo sus quejas, hasta que viendo ya que ella no se detenía ni le hablaba una palabra, tratando solo de ponerse en salvo, se determinó á ejecutar su depravado intento; y viéndose lejos de la población y en la soledad que le hacía mas atrevido, favoreciéndole al mismo tiempo los trigos altos y espesos del mes de mayo, la dijo: ¡Cómo! ¿pensais libraros y burlaros siempre del que os ama mas que á sí mismo? Os engañais, Señora, pues ahora hareis por grado ó por fuerza lo que yo quiera; á lo que aquella infeliz se resiste y grita: *al asesino, al asesino*; pero hé

aquí que se presenta el apoyo de la iniquidad que acompañaba al amante, quien acaso se hubiera enternecido al oír los tristes clamores de Julia, la cual fue al momento agarrada por aquel monstruo, diciéndola: *Vamos, vamos, amiguita, bastante os habeis burlado de este tierno amante. ¿Pensais que habremos venido aquí para ocuparnos de vuestros suspiros y vuestros gritos?* — Entonces Julia le suplica la quiten la vida, antes de ejecutar la tropelía á que se preparan. — Pero su amante le responde que no habia salido á su encuentro para cometer ningun asesinato, sino solo para socorrer á su amigo, cuya vida dependia de este triunfo. — Daba compasion oír

los gritos que enviaba al aire aquella infeliz en testimonio de su inocencia; y mas aun cuando aquellos inhumanos, temiendo fuese oida, la taparon bárbaramente la boca, y cometen el crimen; despues del cual la promete el bárbaro su apoyo, la ofrece su mano, y la alarga de pronto un bolsillo de oro. — ¡Ah infame (le dice, mirándole con un aire como la que está herida en lo mas sensible de su corazon), buen apoyo tendria yo con un hombre tan detestable! Quitate con tu dinero de mi vista, y no pienses haber logrado por un medio tan violento como criminal el efecto de tus lascivos deseos, y menos haber corrompido el corazon y la castidad de la desgracia-

da Julia, pues moriré con ella para ir á quejarme ante el juez que todo lo ve y lo sabe. ¿Eres tú, mónstruo, quien pretende tranquilizarme y borrar el odio que justamente mereces, despues de haberme robado lo que el mundo todo no me puede restituir? No, no: solo Dios será el que serene mi espíritu, castigando á los dos verdugos de esta jóven desgraciada. — Su amante se esforzó aun cuanto pudo para consolarla con mil promesas y tiernas caricias; mas ella despreciándole, le dijo: ¿No te basta aun, hombre brutal? Por gracia te suplico me dejes en paz, pues tu vista me despedaza el corazon, y pierdo la paciencia al escucharte. Obedeció su amante temiendo lle-

gase alguno, que oyendo sus quejas y sus extraordinarios lamentos, fue-se á contárselo al virtuoso Obispo que aborrecia de muerte estas villanías. Luego que se ausentaron, la pobre jóven empezó á arrancarse sus hermosos cabellos, y anegada en lágrimas decia: ¡Ah buen Dios! ¿es posible que el rigor de vuestra justicia sea para mí tan duro, que por mis faltas pasadas haya sufrido una penitencia tan sensible? ¡Oh Padre eterno! ¿con qué ojos me atreveré yo á mirar á nadie despues de haber perdido lo que mas me honraba en el mundo? Yo no podré disimular ni pretendo fingir. Este borron sólo puede remediarle la muerte. — Luego que pronunció estas palabras, se com-

pusó sus cabellos, y despues de haber enjugado sus ojos, se fue á la ciudad á casa de su padre, quien por desgracia estaba ausente. Pónese los vestidos mas preciosos, se compone como si fuese á una fiesta, y tomando á su hermanita la mas pequeña que estaba en su compañía, cerró la puerta de su casa, se fue á la de una tia anciana, muger de talento y discrecion, que estaba enferma en cama, y entre suspiros y sollozos la refirió todo cuanto la habia sucedido: traspasada de pena, entró en un éstasis, y trasportado despues su espíritu medio desesperado, cesa de llorar, gemir y suspirar diciendo: ¡Cómo! ¿yo llorar cuando nunca el corazon ne-

cesita mas fuerza? No, no debe sobrevivir á su afrenta una muger que ha perdido su honor; ¿y qué vida es aquella en que el alma se ve asaltada por la muerte, y el espíritu acongojado por la infamia? No, no: jamas hombre ninguno señalará por esto á Julia sin castigar en sí misma esta falta: mi fin dará á conocer á todos y dará fe á todo el mundo, que mi honor ha sido mancillado por fuerza, y sin mi consentimiento para semejante maldad: á vos toca, tia mia, declarar á mis parientes esta desgraciada ocurrencia, y decirles que Julia ha perdido su honor en apariencia, pero que su conciencia va á justificar ante el Cielo su integridad, y la bárbara crueldad

del infame que es causa de inmolar yo mi vida entre las olas para lavar en ellas las manchas de mi cuerpo, recibidas por la maldad del que me ha robado mi estimacion. — Luego que dijo esto, no quiso esperar la respuesta de su tia, que se preparaba á desimpresionarla de tan bárbara resolucion; y dirigiéndose á las orillas del Oglio, exclamó diciendo: Recibid, mi Dios, en vuestras manos la que no puede vivir habiendo perdido ya la prenda de su honor; y al momento se lanzó al agua, donde fue sumergida por las olas. Su hermana, viendo un caso tan horroroso, se puso á gritar y lamentarse con intenciones de seguir sus huellas, lo que hubiera ejecu-

tado si el pueblo no lo hubiese impedido: Dios sabe la consternacion que este lance causó á toda la ciudad, y la especie de castigo que hubiera impuesto al culpable si hubiese sido aprendido. El cuerpo de la desventurada Julia fue sacado de órden del Obispo, y le hizo enterrar en la plaza por no quererla dar sepultura en tierra santa, habiéndose suicidado de desesperacion; pero se propuso hacer alli con el tiempo un sepulcro de mármol y bronce, digno del elogio y virtud de una jóven tan apreciable, cuyo cuerpo fue acompañado de muchas lágrimas de todas las señoras de la ciudad, que honraron con dignos elogios la castidad violada de aquella desventurada víc-

tima, ejemplo y vergüenza de muchas locas que no tienen mas que la máscara de integridad, y son el juguete del amor sin miramiento ni pudor. Aprended pues, jóvenes inocentes é incautas, no á quitaros la vida, sino á resistir á los encantos y retrecherías de los amantes, y á no darles ocasion con señas, billetes ni conversaciones á ejecutar violencia alguna que pueda ofender á vuestro honor. La castidad no consiste en responder con dulzura, en replicar ni en despreciar las impertinencias de los libertinos; pues no son mas que redes de amor para ponerlos en el precipicio y llenaros de consternacion. Huid, como Julia, de los hombres que veais con iguales intenciones,

(72)

y que amen mas vuestra beldad exterior que la del alma : tened el honor siempre pintado en vuestros rostros, y grabadle de tal suerte en vuestros corazones , que en vida y en muerte sea inmortal la fama de vuestra integridad.



HISTORIA TRÁGICA 15.^a

EMILIA Y FABIO,

6

TRISTES EFECTOS DEL AMOR.